LA MOSQUEA

POETICA INVENTIVA.

CANTO V.

I.

ENtre las islas de la Eolia, a donde
el Dios herrero su metal congela,
y la fragua y los Cyclopes esconde,
forjando el arma que al gigante assuela,
un monte con la punta corresponde
a tanta altura, que su cumbre vuela
a hacer vecina su sobervia cima
del orbe de la luna, que está encima.

II.

Tiene el alto pinaculo en su extremo
con mil cerrojos de diamante duro
la puerta fuerte, que con serlo temo
los que se encierran en su centro obscuro:
la especie del sobervio Polyphemo
la puso por reparo bien seguro
contra los presos, cuya voz se escucha,
sin ver entre ellos la sobervia lucha.

Alli

III.

Alli la grande multitud de vientos,
que al orbe por sus quatro partes giran,
estan en los obscuros aposentos,
y por salir a ver la luz suspiran:
en la dura prision estan atentos
si les abren la puerta, y todos miran
si se pueden salir por los resquicios,
probando a veces quebrantar los quicios.

IV.

No produce esta parte algun viviente,
ni hierba verde su distrito seco,
que solo vive alli la presa gente,
y de las voces y el aullido el eco:
es de la fiera carcel presidente,
que rige el antro tenebroso y hueco,
Eolo, que manda en el obscuro espacio,
y tiene en él su concavo palacio.

V.

El en los escondidos aposentos
es quien pone en prisiones y en cadena
las furibundas fuerzas de los vientos,
y sus veloces impetus refrena:
él rige los sobervios movimientos
del Aquilon ligero, que serena
el cielo, y echa de la obscura gruta
al Austro tenebroso que le enluta.

 Alli

VI.

Alli se encierra el Euro ó el levante,
que al rayo occidental se contrapone:
al Zephyro su opuesto semejante,
quando a pisar las aguas se dispone:
pero si algunas veces por delante
contrasto de otro viento se le opone,
en colera se enciende y se alborota,
y con sus alas la marina azota.

VII.

Alli el hijo del Africa Garbino
está encerrado con su aliento tierno,
al Lebeche su padre tan vecino,
que hereda a veces el furor paterno:
quando este ve las ondas imagino,
que su fuerza acompaña el mismo infierno,
y porque de blandura no se precia,
pisa Garbino el golfo de Venecia.

VIII.

Pero si acaso siente algun contrasto
de fuerza alguna de contrario viento,
tiende las alas por el ponto vasto
las olas levantando al firmamento:
no deja entonces en las naves trasto,
que no le arroje al humido elemento,
sembrando fiero con sus furias bravas
de cana espuma voladoras bavas.

Alli

IX.

Alli la rigurosa Tramontana
vive luchando, y por salir forceja,
que es como viento y qual muger liviana,
cosa por estas causas a ella anexa:
esta es quien lleva por el cielo ufana
la escoba, con la qual le limpia y deja
exento de la nube que le ofende,
y con soplos sus lamparas enciende.

X.

Esta al Boreas helado engendra y cria
por obra abominable de adulterio
con el fiero Aquilon, y nos le envia
a que hiera y maltrate el hemispherio:
este es el ayre que la tierra enfria,
trayendo para el crudo ministerio
rayos de hielo que a la tierra arroja,
con que de su hermosura la despoja.

XI.

Alli del Austro enfermo la figura
palida y amarilla se detiene,
que cargado de peste y desventura
sale a la tierra, quando a verla viene:
quando este sale de la gruta obscura,
y con veloces alas se previene,
visita con el impetu primero
la habitacion horrenda de Cerbero.

A

XII.

A la morada del trifauce passa,
y luchando con él el fiero aliento
del cabezudo monstruo le traspassa,
emponzoñado al riguroso viento:
despues en la infernal y horrible casa,
donde tienen su lobrego aposento
las tres Furias, colerico se mete,
dandoles él su pecho por retrete.

XIII.

En una negra nube se revuelve
de espessos y mortiferos humores,
que del Estygio lago se resuelve,
al ayre levantando sus vapores:
despues lleno de rabia al mundo vuelve
cargado de diabolicos furores,
con que a las naves el camino estorva,
haciendo al mar sobervio que las sorba.

XIV.

No solamente al pielago molesta,
quando la gente, que le habita, espanta,
mas a la tierra con su soplo apesta,
y a la robusta juventud quebranta:
mil pessimos olores manifiesta,
y de ocultas secretas los levanta,
y a Españoles gallardos a montones
de la Francia los suele hacer varones.

XV.

Quando este de la tierra en sazon mira
los frutos, sin clemencia los assuela
con las pedradas que de arriba tira,
y las fuertes pelotas que congela:
es tan sobervio su furor y ira,
que lleva mil demonios, quando vuela,
y no se amansará, sino le quita
el conjuro, la cruz y agua bendita.

XVI.

Deste traydor el labrador reniega,
pues son todas sus obras en su daño,
y quando llueve, en un instante anega
el trabajo y sudor de todo el año:
a tanta inmensidad su furia llega,
y es tan terrible su furor estraño,
que no contento con sus grandes robos
suele arrojarnos encendidos globos.

XVII.

Quando este sopla con su furia loca,
no sigue el comun orden ni manera
de los vientos, que lanzan por la boca,
narices y ojos el aliento afuera:
si a soplar furibundo se provoca
por la puerta pestifera trasera,
como fiero demonio el viento rompe,
y sopla el ayre y la salud corrompe.

XVIII.

Y assi el ruido que en el ayre suena,
con que a la gente timida amenaza,
quando pensamos que en las nubes truena,
o que el cielo se hunde y despedaza,
es inventiva para darnos pena,
y deste vil demonio sutil traza,
porque no es otra cosa, si se mira,
sino el ruido con que el soplo tira.

XIX.

Y no es gran maravilla que moleste,
por donde quiera que su soplo passa,
que viento tan corrupto como este
no es mucho para el mal no tener tassa:
y de aqui se tomó el llamarse peste
la enfermedad que no perdona casa,
porque este nombre peste es derivado
del ruido del ayre verberado.

XX.

Alli el Zephyro manso que restaura
el animo perdido al marinero,
tiene presas las alas, con que el aura
esparce por las ondas placentero:
alli se oprime la violencia Caùra,
y tiene preso su volar ligero
Favonio, que con Zephyro abrazado
ocupan solos de la cueva un lado.

Alli

XXI.

Alli en efecto la caterva encierra
de los vientos el Dios que los corrige,
y desde alli los unos da a la tierra,
otros al Reyno que Neptuno rige:
otros entre ellos con perpetua guerra
en la caverna con rigor aflige,
y alguna vez los ve con tal denuedo,
que aunque él es su señor, les tiene miedo.

XII.

Quiso en efecto el Dios que los gobierna,
que a recrearse cierta vez saliessen
de aquella obscura y lobrega caverna,
y que las ondas de Neptuno viessen:
y antes de abrir la habitacion interna,
y que ellos sus furores previniessen,
Eolo que sus impetus aplaca,
de aquella cueva la cabeza saca.

XIII.

Por el espacio de cristal rodea
la vista, y mira al uno y otro lado,
y quanto con sus ojos señorea,
de remo y vela vió desocupado:
no havian entonces de la gran Mosquea
las espaciosas machinas llegado,
y vuelto al puesto de su gente fiera
a los vientos habló desta manera:

Mons-

XXIV.

Monstruos alados de mi grande imperio,
con quien el orbe universal conquisto,
salid del riguroso cautiverio
a ver el golfo que tranquilo he visto:
ocupe cada viento el hemispherio,
por donde con su vuelo al mundo envisto,
que quiero ver de todos las hazañas,
presurosos salid a correr cañas.

XXV.

Quedese en casa Zephyro, que es tierno,
y temo, si se mezcla en vuestra furia,
si no os refrena y rige mi gobierno,
que su niñez padezca alguna injuria:
dixo, y abrió; y qual suele del infierno
salir rabiando serpentina furia,
por quatro partes de la horrenda boca
salió bramando la progenie loca.

XXVI.

Ocuparon los vientos sus lugares,
y a correr cañas con furor acuden,
y a la par con denuedos singulares
encuentros rigurosos se sacuden:
no dejan casa en los tranquilos mares,
que no la ensobervezcan y la muden,
y dando por el Cimico carreras,
hallaron de las Moscas las galeras.

Co-

XXVII.

Como la gruessa armada se interpuso
al passo de los impetus veloces
de los sobervios vientos, alli el uso
mostraron de sus animos atroces:
ya el marinero alli se ve confuso,
y temor manifiesta con las voces
toda la turba, que turbada toda
a procurar remedio se acomoda.

XXVIII.

Solo el Sicaboron no se alborota,
quando a la gente el miedo sobresalta,
y dando esfuerzo a la medrosa flota,
de popa en popa por las naves salta:
Gente, dice, sin animo, idiota,
¿por qué el valor sin ocasion os falta?
canalla feminil y espantadiza,
¿quién vuestro corazon atemoriza?

XXIX.

¿A los vientos temeis sin hacer cuenta,
que los contrarios mismos, que os temblaron,
dirán a vuestros hijos por afrenta,
que los vientos a soplos os mataron?
no temais que os anegue la tormenta,
quando contra nosotros conjuraron
las ondas, ni que el mar se ensobervece,
que todo es ayre quanto mal se ofrece.

Sal-

XXX.

Saltando aprisa va de barca en barca,
de batel en batel, de fusta en fusta
el assombro sobervio de la Parca,
que contra su rigor furioso justa:
los vientos viendo al Tartaro Monarca,
armados de su colera robusta
parten furiosos a vengar su injuria
contra la fuerte roca de su furia.

XXXI.

En un fiero uracan los vientos llegan
pensando hacer al pobre Rey andrajos,
su vista horrible con su soplo ciegan
escupiendo rabiosos espumajos:
el fiero Rey que ve que en él se entregan,
saca la fuerte espada echando tajos,
que quiere con reveses y estocadas
los vientos retirar a cuchilladas.

XXXII.

Furioso juega el cortador acero,
mas poco alli su maña y fuerza importa,
que contra el viento temerario y fiero
ni valen golpes, ni su espada corta:
passa furioso el uracan ligero,
queda la chusma de su furia absorta,
el agua salta fiera y ofendida
del ayre bravo y de la espada herida.

Ya

XXXIII.

Ya de la armada los sobervios cuernos
cercanos van a ver los de la luna,
y del mar en los concavos internos
luego los precipita la fortuna:
ya están las naves faltas de gobiernos,
y el fondo dellas es una laguna
del agua dulce de la negra nube
y la del mar, que por el borde sube.

XXXIV.

Ya con la fuerza del sobervio grito
se aumenta entre la gente el alboroto;
ni el pobre galeote entiende al pito,
ni los soldados oyen al piloto:
ya se juzga el exercito precito,
la vela sin entena, el timon roto,
los remos despreciados sin la sarta,
y el marinero triste sin la carta.

XXXV.

Apercibense a dar otra carrera,
llegando a combatir los vientos juntos,
con que no dejen nave ni galera,
ni vivos cuerpos sin quedar difuntos:
soltó por su pestifera trasera
primero el Austro tres o quatro puntos,
dejando con la fuerza de sus truenos
a los soldados de sentido agenos.

XXXVI.

Parte el padre Lebeche y el Garbinõ,
Boreas, el Aquilon y Tramontana,
y salenles al medio del camino
de essotros vientos la caterva insana:
quebranta el bravo orgullo repentino
las galeras del Rey de la Tabana,
desbarata las naves de Myrpredo,
y hiende las del Rey Asinicedo.

XXXVII.

Solo el orgullo denodado aguarda
el del valle feroz de los barriles,
que con violencia tal no se acobarda,
que es un Hector Troyano, un Griego Achi-
Canalla, al viento dice, vil, bastarda, [les:
exercitada siempre en obras viles,
heridos volvereis a vuestra gruta
por el espada del señor de Butta.

XXXVIII.

A todas partes con furor esgrime,
vomitando blasphemias por la boca,
y quando mas el uracan le oprime,
mas a colera y rabia se provoca:
no queda cosa al fin que no lastime
del fiero viento la sobervia loca,
mas este con mil votos y reniegos
vomita contra el ayre vivos fuegos.

Aqui

XXXIX.

Aqui y alli camina dando saltos,
y con la ronca voz furioso anima
a los caudillos del esfuerzo faltos,
poniendo con su vista horror y grima:
ya la gente vencida en los assaltos,
una della se cae, otra se arrima;
mas él con vista y animo que espanta
a los unos esfuerza, a otros levanta.

XL.

Furioso passa de una en otra banda,
quando las olas mas se ensobervecen,
por todas partes con esfuerzo anda
animando las gentes que perecen:
alli bogar a los remeros manda,
y ellos su mandamiento no obedecen,
mas a aquel que en hacerlo dificulta,
entre las fieras ondas le sepulta.

XLI.

Si acaso algun villano galeote
venia a su obediencia con tardanza,
nunca él encomendaba al fiero azote
del comitre sobervio la venganza:
porque solia dejar de solo un bote,
quando el baston jugaba con pujanza,
seis piojos galeotes sin cabeza:
¿a quién no espantará tanta fiereza?

XLII.

No lleva en la cabeza yelmo duro,
ni cosa que del agua le defienda,
que por ver el exercito seguro,
ni agua teme, ni viento que le ofenda:
armado de su acero limpio y puro,
en la ventisca funeral contienda
se ceba, y tira por las partes varias
estocadas de puño temerarias.

XLIII.

Ve que el viento pestifero enmaraña
de largas jarcias la enredada cuerda,
sin saber en tal caso darse maña
la triste gente con el miedo lerda:
saca su espada el Tartaro, y con saña,
porque alli tanta chusma no se pierda,
un tajo tira entre la turba absorta,
que nueve cuerdas de las jarcias corta.

XLIV.

¡Mas hai! que en vano su valor esfuerza,
sin que su industria y maña le aproveche,
si hace la fuerza de los vientos fuerza
a que el mas animoso se despeche:
¿a quién no hará que el pensamiento tuerza
el furibundo soplo del Lebeche?
y quando aprisa va contra Favonio
el Euro qual colerico demonio?

La

XLV.

La helada y cana cabellera heriza
la madre vil de Boreas arrogante,
y por las naves passa haciendo riza,
sin que deje timon que no quebrante:
el Euro de su puesto se desliza,
Lebeche se le pone por delante,
Favonio por su parte y el Garbino
furiosos le salieron al camino.

XLVI.

El Austro sale al Aquilon opuesto,
y entre la gente con furor se mete,
sembrando rabia por su obscuro gesto,
y fuego por la cola qual cohete:
echando entonces de su furia el resto,
furioso a las galeras arremete,
la turba al punto de los otros llega,
y travase mas fuerte la refriega.

XLVII.

Ya es la victoria de Lebeche, y luego
la fiera Tramontana se la quita,
ya el Austro se la lleva echando fuego,
y con sus truenos la victoria grita:
ya sale por la parte del Gallego
quien le enoja, y a colera le incita,
ya Garbino la lleva, y al momento
es la victoria y palma de otro viento.

XLVIII.

La furia crece, y crece la violencia,
y viendo entonces el total fracaso,
y que no tiene alguna resistencia
contra los vientos el ligero vaso,
de los cielos imploran la clemencia
las miserables gentes, y en tal caso
las rodillas bajaron, y las manos
alzaron a los Dioses soberanos.

XLIX.

Confiessan que a venganza se provoca
su Dios, porque en su templo cometieron
mil sacrilegios con audacia loca,
por quien tales castigos merecieron:
juran alli de no poner la boca
donde los sacerdotes la pusieron,
ni chupar de la lampara el aceyte,
ni besar a las damas con su afeyte.

L.

Y si el divino Jupiter les saca
libres a tierra de peligros tales,
y de los vientos el orgullo aplaca,
y templa de las aguas los raudales,
en beneficio de la gente flaca
prometen visitar los hospitales,
y en recompensa y por debidas pagas
curar los pobres, y lamer sus llagas.

El

LI.

El Rey Sanguileon a Dios promete,
viendo la cara de la muerte al ojo,
porque el orgullo de los vientos quiete,
y él su rigor mitigue y justo enojo,
que envuelto en aromatico pebete
le pondrá en sacrificio un gordo piojo,
de cuya piel hará, si desta escapa,
para su estatua una bordada capa.

LII.

El Tabanesco Rey promete y jura,
mirando el fiero mar, que muchas veces
en su centro les abre sepultura,
para hacerlos sustento de los peces,
si de peligro tal les assegura
recibiendo benevolo sus preces,
de darle en sacrificios peregrinos
de una pulga los grandes intestinos.

LIII.

El Rey Myrpredo entre el tumulto ciego
a Jupiter promete un gran servicio,
si por su peticion y justo ruego
se muestra en el peligro mas propicio:
jura de dar a su divino fuego,
¡honroso y estimable sacrificio!
dos Aradores, cuya carne herede
el sacerdote, con que rico quede.

LIV.

El poderoso Rey Asinicedo,
que ve con quanta fuerza le amenaza
del Lebeche y el Boreas el denuedo,
y el temor que sus animos abraza,
si les destierra Jupiter el miedo,
le ofrece por despojos de su caza
quatro Pulgones, que la gente admiren,
y que las riendas de su coche tiren.

LV.

Solo el Sicaboron no ofrece votos,
antes los echa con dos mil reniegos,
blasphemando los animos devotos,
que ofrecen parias a los santos fuegos:
Gente, dice, comun, de ingenios botos,
no useis llorando mugeriles ruegos,
quando podreis vosotros con la fuerza,
que la fortuna sus intentos tuerza.

LVI.

Llegó la vil blasphemia a las orejas
de los vientos, y viendo el menosprecio,
disponense a correr unas parejas,
dando la palma al volador mas recio:
arqueó el Austro fiero las dos cejas,
y con ojos de fuego en el Rey necio
colerico encaró la vista torva,
alborotando al mar, porque le sorba.

So-

LVII.

Sobre una negra nube el viento passa
lleno de rabia y de mortal congoja,
y apercibiendo alli la helada massa,
la envuelve luego con la lumbre roja:
llena la nube de sulphurea brasa,
las fuertes balas junto al fuego arroja,
y quando ve que en piedra se resuelve
de concha, entonces con furor se vuelve.

LVIII.

Los fuelles pestilentes apercibe,
sobresaltando el viento de repente
la lumbre, porque en ella se recibe
la furia de su soplo pestilente:
sañudo enciende entonces y revive
entre las balas la materia ardiente,
y en aquel mismo punto arroja y fragua
rayos, centellas, truenos, piedras y agua.

LIX.

La nube herida con la fuerza estraña
se rompe, y echa de sus negros senos
de durissimas piedras la montaña,
infierno de relampagos y truenos:
en las galeras descargó la saña,
y en los navios de soldados llenos
arrojó tantas piedras desde arriba,
que las velas dejó como una criba.

Con

LX.

Con los terribles impetus desgaja
los anchurosos lienzos de las naves,
y qual suele en la arista o leve paja,
hace tambien en los maderos graves:
a muchas gentes el vivir ataja
la pesada caida de las trabes,
que la terrible fuerza desencasa
de las naves, por donde el Austro passa.

LXI.

Llegan los otros al instante mismo,
y entre la gente misera descargan
de las ondas del mar un fiero abismo,
y de las aguas que las nubes cargan:
las gentes del sobervio Tabanismo
unas con otras con temor se adargan,
anegando la furia repentina
la turba Myrmiliona y la Mosquina.

LXII.

El caballero Tartaro que mira
con quanta fuerza hiere y amenaza
el fiero viento, que pedradas tira,
y galeras y naves despedaza,
colerico y sañudo se retira,
y con el cuerpo de un timon se abraza,
que sin reparo el triste no se atreve
a resistir que el viento no le lleve.

Los

LXIII.

Los fuertes brazos denodado cruza,
y al gruesso leño con esfuerzo trava,
mientras la rigurosa escaramuza
de los vientos colericos se acaba:
mil almas en el pielago zampuza
el Austro fiero con su furia brava,
y con la fosca vista y torvo ceño
presuroso arremete contra el leño.

LXIV.

Por todas partes el sobervio pino
de muchos vientos el furor rodea,
con cuyo sobresalto repentino
el arbol temerario titubea:
el Lebeche furioso sobrevino,
que el arbol alto de su altura apea,
y al fin fue tal del viento la codicia,
que el timon de su sitio se desquicia.

LXV.

Con la grande caida el arbol bronco
tocó las aguas con su altiva cima,
echando al Rey asido por el tronco
del borde de la nave por encima:
sacando entonces el acento ronco
el Barriliense la caterva anima,
y puesto, como pudo, en una tabla,
contra los cielos mil injurias habla.

Ca-

LXVI.

Camina el denodado caballero
caballero en la tabla, que su vida
entonces guarda del peligro fiero,
sin ser entre las ondas sumergida:
desnudo lleva el cortador acero,
que vengar le compete la caida,
y mirando las nubes con mil quejas,
mil veces puso el dedo entre las cejas.

LXVII.

Fue tanto el grito de la pobre gente,
o fuesse el golpe del timon caido,
o las blasphemias, con que el insolente
Tartaro altera el mar con su ruido,
que hasta en su alcoba el Dios Neptuno siente,
que su hermoso cristal es ofendido,
y saliendo a mirar sus claras lymphas,
oyó el lamento de sus bellas Nymphas.

LXVIII.

Abrió entonces colérico la puerta,
quando miró en su umbral el Dios marino
a Amphitrite de espanto medio muerta,
y palido el color de Thetis y Ino:
huyendo vino aprisa Melicerta,
y Glauco temeroso aprisa vino,
los pies movió turbada Panopea,
y Doris con la Nympha Galatea.

¿Quién

LXIX.

¿Quién diablos, dixo con la vista torva,
vuestro sossiego sin temor perturba?
¿quién el camino por el mar estorva,
y mis cristales con audacia turba?
ábrase el mar, porque al instante sorba
entre sus ondas la atrevida turba,
dadme al momento el heridor tridente,
daré fin à su termino insolente.

LXX.

Señor, dixo un Triton, estos Garbinos,
que Eolo en su cueva obscura rige,
han dado al traste hoy con los Mosquinos,
por cuya causa su nacion se aflige:
y si acaso en favor de tus marinos
tu fuerza sus orgullos no corrige,
nadie estará seguro de sus sañas,
y cada dia vendran a correr cañas.

LXXI.

¿Cómo será posible que tus gentes
puedan vivir en tu servicio gordos,
si en favor de traydores delinquentes
tus oidos permites que esten sordos?
¿en tu palacio alguna vez no sientes
los recios y fortissimos bohordos,
que tira el Austro, quando al mar assalta,
con que tus bellas Nymphas sobresalta?

No

LXXII.

No ha quedado galera a quien no haya
dado con sus carreras un mal rato,
deshecho a mil navios en la playa
con repentino estrepito y rebato:
manda, señor, que un mensagero vaya,
y a Eolo reprenda su mal trato,
y aun castigue la perfida insolencia
de perturbar el mar sin tu licencia.

LXXIII.

Yo lo jurára, que los vientos eran,
dixo Neptuno, los que tal estrago
han hecho por el mar, y los que alteran
de mis cristales el hermoso lago:
dadme el tridente, los soplones mueran,
por mi cabeza juramento hago,
que se han de ver sus coleras difuntas
a fuerza del rigor de mis tres puntas.

LXXIV.

Pero no será justo que se diga,
que una canalla, que en cadenas mora,
al Dios que rige el mar inmenso obliga
a castigar su colera traydora:
otro mejor camino es bien que siga,
que este mi ser y calidad desdora,
mejor será enviar quien en mi nombre
su atrevimiento riña y fuerza asombre.

Rom-

LXXV.

Rompa las aguas un Triton volando,
y dele a Eolo de mi enojo nueva,
al qual le notifique, que le mando,
que emprisione los vientos en su cueva:
y que otra vez de veras y burlando
a darles suelta por el mar se atreva,
si no quiere que yo... Mas basta esto:
el Triton se despache, y vuelva presto.

LXXVI.

La cabeza bajó el Triton ligero
en señal de obediencia, y sin tardanza
sobre un delphin se planta, y caballero
va por el mar, y entre sus olas danza:
saca en la orilla el cuerno mensagero,
y soplando por él con gran pujanza
relata su embajada, y al momento
vuelve el delphin las ancas al Dios viento.

LXXVII.

El Dios Eolo entonces lleno de ira
suspenso estuvo con la nueva un rato,
y a la cueva enojado se retira,
porque se cumpla el Imperial mandato:
con rabia grande los cerrojos tira,
y el Zephyro saliendo hermoso y grato,
poniendose a su Dios y Rey delante,
le trocó la tristeza en buen semblante.

Que

LXXVIII.

Que como quando el Dios omnipotente
la tierra con los rayos amenaza,
si Ganymedes con su hermosa frente
hace a su Dios de su hermosura plaza:
si a Jupiter le lleva por presente
del mosto celestial la llena taza,
al Dios altitonante desenoja,
y el furor de su colera le afloja:

LXXIX.

Assi quando el furor y rabia crece
en el Dios que los vientos emprisiona,
si alli el humilde Zephyro parece
con su divino talle y su persona:
si ricos besos a su Dios le ofrece,
y él bebe el aura dulce y regalona,
desecha el vulto y el aspecto triste,
y de hermosura y resplandor se viste.

LXXX.

Corre al mar, dixo al Zephyro, y al punto
tus vuelos por el Cimico derrama,
y de los vientos al estruendo junto
a mi mandado y obediencia llama:
apacigua las aguas, que barrunto,
que el mar herido por los ayres brama,
tambien quedito al Dios Neptuno llega,
y su furor y colera sossiega.

Sa-

LXXXI.

Sale a hacer el mandado, y no discrepa
la execucion un punto del intento,
y en la region acelerada trepa
con lento y agradable movimiento:
busca sus compañeros, porque sepa
la intencion de su Rey qualquiera viento,
llega a Neptuno y su furor amansa,
y con su vista el fiero mar descansa.

LXXXII.

Rinde tranquilo el cristalino passo
a las sin forma naves y galeras,
que dudan tras el misero fracaso
la entrada por las proximas riberas:
muestrase el cielo sin las nubes raso,
y amedrentadas las naciones fieras
las manos juntas para el cielo empinan,
y a la corva ribera se avecinan.

LXXXIII.

Las primeras galeras que llegaron,
fueron de las cortezas singulares,
que los soldados Zenzalos quitaron
a la Pulgona gente en los habares:
en el arena el ancora aferraron,
si puede ser que al ancora compares,
lector, el garabato en la corteza,
que a las habas les dió naturaleza.

LXXXIV.

No huvo en los demas algun soldado,
aunque cansado de tan dura guerra,
que aguardasse a salir del mar salado,
porque el esquife le pusiesse en tierra:
que unos salieron con presteza a nado,
mientras en tierra el ancora se afierra,
otros echando por el ayre el vuelo
pisaron presto el arenoso suelo.

LXXXV.

El Rey Sicaboron solo y remoto
algun peligro temò que padezca,
y sin nave, sin gente y sin piloto
pesaráme en el alma que perezca:
rueguele a la fortuna algun devoto,
que a mi Musa con vida se le ofrezca,
porque el sucesso de su mal le cuente,
y ella lo mismo a la curiosa gente.

LA MOSQUEA

POETICA INVENTIVA.

CANTO VI.

I.

¿QUién puede ser quien a mi Musa admira,
y con su vista su hermosura espanta?
¿qué cosa nueva por el golfo mira,
que las treguas del ocio le quebranta?
¿qué oculta fuerza sin templar la lyra,
a que cante la fuerza, y versos canta?
¿quién mi pesada mano facilita
para escribir lo que su voz me dita?

II.

¿Qué Megera infernal las aguas hiende,
y dando en ellas temerarias coces,
con pies y manos su crystal ofende
y al cielo con la fuerza de sus voces?
¿qué temerario monstruo el ayre enciende
con fuego de sus ojos tan atroces,
que en humo el agua convertida sube,
resuelto su vapor en negra nube.